

## **Jornadas de la SEGPA (Gijón, octubre de 2004)**

Título de la comunicación: **Clínica institucional: la enfermedad del terapeuta**

Autores: Sánchez Casado, A. y Piñero León J.A.

Hay ocasiones en que, más allá de las dudas razonables que encontramos sobre el rigor procedural de nuestra técnica, nos sentimos forzados a redoblar nuestro entusiasmo y nuestra apuesta por ella frente al abismo y la incertidumbre en que nos introduce un grupo, o una situación psicótica. Esa generosidad beneficiará sin duda a ese grupo, o a esa extraña y a la vez familiar situación. Recordamos a Kurt Lewin y a Frieda Fromm-Reichman en este punto.

Por otro lado, hay ocasiones en que más allá de las aparentes certezas que transmitimos tanto en determinadas solidaridades conceptuales de escuela como en nuestro trabajo cotidiano, nos vemos forzados, para ser coherentes con los extravíos a que nos lleva la clínica que nos toca vivir, a volver a comenzar por el principio. Quizás ningún momento más adecuado que éste para recordar que el deseo de ser terapeuta para otro se hizo patente mucho antes de entrar a ninguna escuela, incluida la enseñanza primaria. Recordamos a Josef Breuer y a George Dévéreux.

Breuer, fascinado por Berta Pappenheim, conoció a ésta como siempre habría deseado conocer a su madre, otra Berta, lo cual le brindó la gran oportunidad de comprender que la histérica producida por los varios siglos de locura que habían sucedido a Syddenham estaba allí frente a él. El caso Anna O. reabría el objeto de la mirada del terapeuta, heredero del diálogo multisecular y de las complicidades producidas en el tratamiento de las enfermedades de los nervios tal y comomagistralmente señalara Foucault<sup>1</sup>

Josef Breuer estuvo allí y pudo transmitir sus hallazgos al joven Freud que, si bien los aprovechó al máximo hasta inaugurar el paradigma clínico que ha fertilizado a la Psicología y a la Cultura de modo tan radical durante los últimos cien años, no es menos cierto que finalmente se mostró escasamente bien nacido respecto al agradecimiento que debía a su generoso benefactor.

Esta escasez de "bien nacido", auspiciada por el propio Freud en una de sus cartas a Ferenczi <sup>2</sup>, transmitida y aumentada con mentiras por el biógrafo oficial Ernest Jones <sup>3</sup>, todavía es fácil identificarla en serias publicaciones de determinadas instituciones psicoanalíticas oficiales.

Pero una vez cumplida la mención al terapeuta que posibilitó este encuentro, quedémonos un poco más con Freud. El heredero de Breuer supo administrar con maestría el regalo recibido y aunque siempre prefirió, según sus propias palabras, ser filósofo a ser terapeuta, no por ello dejó de aportar imprescindibles elementos teóricos y prácticos para el tratamiento psicológico, incluyendo los relativos a cuestiones que afectan al terapeuta.

En los inicios del siglo pasado, recién publicada su obra maestra, mostraba en cartas a Fliess anticipos evidentes de lo que mucho después se conocería como contratransferencia.

Viena, domingo 11-3-1900...Cuando creía tener la solución en las manos, ésta se me sustrajo y me vi obligado a volverlo todo del revés y a juntar de nuevo las piezas sueltas, perdiendo con ello todas las hipótesis que hasta entonces me habían parecido aceptables. No pude soportar la depresión que eso me produjo. También comprobé en seguida que es imposible proseguir un trabajo realmente difícil en medio de una depresión incesante. Cada uno de mis pacientes se me convierte en un fantasma aterrador cuando no me siento alegre y dueño de mí mismo. Realmente creí estar a punto de abandonarlo todo. Me recuperé renunciando a toda elaboración intelectual consciente, para dedicarme tan sólo a seguir tanteando en medio de los enigmas, guiado únicamente por el ciego tacto. Desde ese momento he proseguido con mi trabajo quizá más hábilmente que nunca, pero sin saber a ciencia cierta qué estoy haciendo. No podría dar la menor noticia de cómo están las cosas. En las horas que me quedan libres me preocupo únicamente de no abandonarme a la reflexión. En cambio, me entrego a mis fantasías, juego al ajedrez, leo novelas inglesas; todo asunto serio ha quedado excluido. Durante los últimos meses no he anotado una sola línea de cuanto aprendo o presumo. <sup>4</sup>

El conocimiento progresivo de la patología vincular permitió al psicoanálisis incorporar en su tarea la consideración del observador y experimentador, el propio psicoanalista, en una muestra de compromiso riguroso con la ciencia del comportamiento.

Nuestra investigación en relación con las cuestiones relativas al polo terapéutico nos llevó a considerar para su exploración el término de *enfermedad del terapeuta* que, encontrado en la lectura de la obra de Kesselman, nos ayudó a realizar nuevas interrogantes sobre nuestra práctica clínica.

Es desde esa consideración que, para comenzar a hablar de *la enfermedad del terapeuta*, parafraseemos a Morin <sup>5</sup> y dibujemos en esta breve e incompleta comunicación el semblante del terapeuta oculto bajo el supuesto *cogito* como el de un ser con una afectividad intensa e inestable, un ser egoísta, ebrio, extático, violento, furioso, amoroso... Un ser invadido por la imaginación, que conoce la existencia de la muerte y que no puede creer en ella. Un ser que se alimenta de ilusiones y quimeras y cuyas relaciones con el mundo son siempre inciertas.

Nuestra práctica nos revela a cada poco este ser bifronte, con sus dos vertientes de *homo sapiens* y *homo demens* mejor o peor articuladas, funcionando como un magnífico analizador de la incompletitud actual del proceso de hominización.

El terapeuta Freud, presuroso de saber, aguantaba a duras penas el silencio que le imponía Emmy von N. para intentar hacerse oír. Esta mínima escucha le permitiría abandonar definitivamente la sugerión hipnótica del método catártico y alumbrar la técnica de la asociación libre, base metodológica insustituible hasta la fecha. Utilizamos este recuerdo no sin cierta ironía, para señalar junto a Devereux<sup>6</sup> que, aunque los psicoanalistas se enorgullecen de su capacidad de autoescrutinio lo cierto es que en la literatura psicoanalítica las alusiones a la transferencia siguen siendo muy superiores en número a las dedicadas a la contratransferencia, encontrando mayormente en estas últimas la discusión de cuestiones teóricas o anotaciones a la práctica de los aspirantes a psicoanalistas.

*Homo sapiens* estudia una carrera universitaria y la completa con su análisis personal, supervisión de casos y formación continuada. *Homo demens*, complacido y omnipotente en el lugar de un supuesto saber, manifiesta frecuentes y constantes inercias en su aprendizaje, de las que Gastón Bachelard nos dará cumplida cuenta con su concepto de "obstáculo epistemológico".

*Homo sapiens* ingresa en una asociación de psicoterapeutas para descubrir que si quiere progresar en su aprendizaje profesional deberá suplir las carencias con dosis ingentes de esfuerzo y estudio para volver a repetir las conductas de la infancia de *homo demens*, y que, transportadas por su grupo interno, las reproducirá y ejercitará en variados juegos de lucha con sus iguales en un contexto de seducción y sumisión al padre de la horda que no es otro que el maestro.

*Homo demens* ejercita constantemente su omnipotencia ofreciéndose a curar. *Homo sapiens*, por el contrario, se conforma con realizar un contrato de trabajo sin letra pequeña y se esfuerza por cumplirlo constantemente.

El terapeuta, que en la coterapia deberá lidiar frecuentemente con su rivalidad y su envidia, y que en la práctica individual debería poder evitar la perversión de convertir al paciente en un contribuyente vitalicio<sup>7</sup>, muestra con extraordinaria frecuencia una grave contradicción respecto a su salud mental. Apuntamos con ello tanto a su comportamiento en las instituciones asociativas, donde el "supuesto básico de dependencia" del que nos habló Bion parece cabalgar como el caballo de Atila por encima de los otros dos. O la impostura de un supuesto saber que debería estar basado en la clínica y que sin embargo la hipostatiza hasta convertirla en un espectro destinado a convertirse en un pobre eco de los dogmatismos teóricos.

<sup>1</sup> Historia de la locura en la época clásica  
Michel Foucault, 1964  
Fondo de Cultura Económica, 1985, Tomo I

<sup>2</sup> Correspondencia de Sigmund Freud  
Nicolás Caparrós  
Editorial Biblioteca Nueva

<sup>3</sup> El Siglo del Psicoanálisis  
Emilio Rodríguez  
Editorial Sudamericana, 1996

<sup>4</sup> Edición electrónica de las obras de Freud  
Ediciones Hélade

<sup>5</sup> El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología  
Edgar Morin, 1973  
Kairós, 1983. Barcelona

<sup>6</sup> La ansiedad aplicada al método en el estudio de las ciencias sociales  
George Devereux  
Editorial Siglo XXI

<sup>7</sup> Sin simpatía no hay curación. El diario clínico de 1932  
Sandor Ferenczi  
Amorrortu Editores, 1997